

¿VAMPIROS ENTRE NOSOTROS?

EDUARDO HARO IBARS

LA televisión depara, a veces, agradables sorpresas: entre anuncios de detergentes para mujeres y bebidas alcohólicas para hombres, nos regalan con una buena película: esta vez le ha tocado al "Drácula" de Terence Fisher, la primera película que sobre el tema produciría la británica y terrorífica Hammer Films. Desgraciadamente, en el camino se perdió el aterciopelado color de la cinta original, que era uno de sus encantos. Pero no importó, porque sigue mereciendo la pena ver al elegante Chris Lee y al no menos elegante y puritano doctor Van Helsing —interpretado siempre por Peter Cushing— enfrentarse en una lucha que, trascendiendo la anécdota vampírica, es más bien un trasunto de la eterna pelea entre el Bien y el Mal, con mayúsculas. Drácula, el viejo conde, inspira aún pasiones y curiosidades: es uno de esos personajes que no mueren nunca, como Edipo; y, como él, dará pie a que algún día un Freud del futuro se invente el "complejo de Drácula" y lo utilice como base para sus interpretaciones del funcionamiento de la mente humana. Porque el personaje tiene tela para arropar más de un sueño, desde luego.

El coloquio o debate —pasaban la película en "La clave", el programa casi excelente de José Luis Balbín— no tuvo esta vez demasiado interés. Las interpretaciones marxistas de Román Gubern se cruzaban con opiniones nada serias de un par de rumanos o tres, empeñados, uno —Cristian Popitlanu, historiador—, en reivindicar la figura de Vlad Tepés, llamado "El Empalador", llamado "Drácula", y en presentarlo como un héroe nacional rumano en la lucha contra el turco, olvidando recordarnos

que si le llamaban "Empalador" e "Hijo del Diablo" debía ser por eso. Su compatriota Radu Florescu, residente en los USA, hacía esfuerzos para vendernos los dos libros que tiene escritos sobre el tema, y en defender a la Iglesia ortodoxa —a la que pertenece— de los ataques que parecían hacersele como fomentadora de vampirismos y otras supersticiones. Otro vendedor de best-sellers, el americano Bernhardt J. Hurwood, nos habló más directamente del vampirismo —parecía bastante versado en el tema—, y el antropólogo Joan Prat Carós nos contó cosas interesantes; entre otras, nos puso en contacto con la figura casi desconocida del conde Arnáu, casi equivalente catalán del superhombre chupasangres transilvano. En general, nadie dijo nada nuevo, nadie informó lo suficiente sobre un tema tan rico, y hubo un cierto desconcierto en el debate. Lástima, porque es un tema de amplísimo interés.

El Señor Conde, príncipe de las tinieblas

Vlad Tepés, voivode de Transilvania, caballero de la Orden del Dragón, héroe en la lucha contra el turco, pariente del príncipe Esteban, muerto en lucha con sus propios hermanos, apodado "Drácula" —el hijo del Diablo— y a quien sus súbditos llamaban cariñosamente "El Empalador", es un personaje interesantísimo: un reyzeulo cruel —todos lo eran—, que tenía un cierto gusto por el placer que ahora llamamos sadismo, y que apreciaba comer al aire libre, sintiendo el olor a intestino reventado que despedían sus víctimas empaladas. Esta bestia era tam-



bién llamada "El Justiciero", como nuestro Pedro el Cruel. No creo que fuese nunca vampiro, en el sentido mitológico de la palabra; pero sus atrocidades eran mucho mayores que las de cualquier vampiro que se precie.

Con él, el neurótico novelista irlandés Bran Stoker encontró un personaje ideal para su "Conde vampiro", novela inspirada en "Carmilla", de Sheridan Le Fanu —una obra maravillosa, llena de romanticismo y de un perfume lésbico nada velado—, y dedicada a su amigo, el actor Henry Irving, quien interpretaría por primera vez la obra en teatro. Hay quien duda incluso de que fuese Stoker el autor de esa novela —el señor Popescu llega a

afirmar que fue escrita por un negro ignoto—, dado su escaso talento literario. En cualquier caso, la escribiera quien la escribiera, la novela está ahí, y es un verdadero monumento literario. Ha conseguido que el Drácula histórico se borre de nuestra imaginación, sustituido por el mucho más real personaje de ficción, invasor de nuestros sueños y de nuestras realidades.

La novela de Stoker no es, ante todo, una novela histórica; aunque Stoker se documentó profundamente sobre el personaje y su entorno, y sobre las supersticiones corrientes en su Transilvania natal, puede decirse que se ha inventado por completo un personaje que

La sombra del vampiro se cierne de nuevo sobre nosotros; es una moda. Y, como cualquier moda, puede serlo todo menos inocente.

trasciende a la maldad común para convertirse en el Mal Absoluto, en una encarnación viviente de los poderes de las Tinieblas. "Drácula" es una novela iniciática, que tiene algo que ver con las gestas de caballerías: un grupo de esforzados caballeros, reunidos en torno a una dama que mantiene a pesar suyo turbias relaciones con el Vampiro, deciden acabar con el Mal, y lo consiguen tras múltiples peripecias. Puede incluirse la novela, como tal, dentro de una serie de relatos de ocultistas —como Arthur Machen o Sax Rohmer—, miembros todos de una sociedad secreta, "The Golden Dawn" (Aurora Dorada), que pretendía remozar y utilizar los ritos paganos.

Tampoco debe considerarse como una novela etnológica; el vampiro de Stoker no es el de las leyendas populares, sino un compendio de distintas entidades vampíricas: tiene más poder que ninguno, hace cosas que los pobres vampiros corrientes —más víctimas de su triste condición que verdugos— no podrían ni soñar, si es que los vampiros sueñan. Es Señor de la Noche o tiene dominio sobre los seres inferiores —las ratas, las polillas, los lobos—... e incluso sobre algunos humanos enloquecidos que ven en él a su maestro.

El Drácula histórico ha sido sustituido por uno mucho más auténtico, el de ficción —dicen—, que invade nuestros sueños y, a veces, nuestras pesadillas.

La "lectura política" que hace Gubern del vampirismo, aparte de pecar de simplista, sólo se puede aplicar a Drácula: vampiro poderoso, de noble alcurnia, que sojuzga a sus vasallos y hasta se bebe su sangre... de manera literal. En realidad, el vampiro corriente es más bien un hombre del pueblo: alguien que, por sus pecados o su excomunión, es indigno de pasar ni siquiera al infierno. No tiene nada del poderoso chupador, y se limita a ser chupador a secas.

¿Qué es un vampiro?

Se trata, en general, de un muerto malvado que regresa de su tumba fría para fastidiar a los demás mortales, con una especial y comprensible predilección por sus parientes y amigos más allegados. La leyenda del vampiro es, con variantes, universal. Se unen en ella, claro, factores que podríamos llamar arquetípicos: el miedo a los muertos —la única imagen que tenemos de la muerte—, la asimilación sangre/vida, común a casi todos los pueblos primitivos, y un turbio atractivo sexual ero-tanático: el vampiro chupa en zonas erógenas —el cuello, las ingles— y produce bastante placer en sus víctimas. Algu-

nos de ellos, como por ejemplo los vampiros búlgaros, llegan al ayuntamiento carnal, y hasta tienen hijos, que no salen necesariamente a sus padres. Es el vampiro el muerto que nos llama, la muerte que nos ofrece placeres extraños en su reino. Suelen ser, sobre todo, los suicidas y otros réprobos a quie-

teatro, que tendrá un éxito indudable si es tan buena como dicen. Y no hablamos —ya se ha hecho— del casi impecable "Nosferatu", de Herzog, remake del de Murnau. El vampiro —más que él, el noble Drácula— sigue encantándonos. Como si no hubiera suficientes elementos de terror en la vida cotidiana,



El Conde Drácula encarna el poder, la fuerza, la violencia; satisface los deseos del vampiro un poco facha que todos llevamos dentro.

nes la tierra vomita los que se dedican a tales menesteres; suelen ser lo que la Iglesia oficial considera el Mal, y por eso huyen de la cruz, del fuego —elemento purificador— y de los metales nobles. En fin, un demonio menor encarnado.

¿Por qué Drácula?

Los vampiros están de moda de nuevo: hace poco se estrenó en España una versión teatral del mito de Drácula, hecha en clave de humor, y de un humor —todo hay que decirlo— bastante grosero; adaptación a su vez de una función que está teniendo bastante éxito en Broadway. Hace pocos años, Paul Morrissey, el warholiano, hizo una "Sangre para Drácula", bellísima y divertidísima película. Y ahora, dentro de pocos meses, nos regalarán con un nuevo "Drácula" americano, basado también en la obra de

suficiente culto a la violencia y a la sangre. Y suficiente culto al poder que Drácula encarna.

Sexo, violencia, pecado, vida más allá de la muerte, poder eterno..., estas son algunas cosas que Drácula ofrece al vampiro que todos llevamos dentro, al facha que muestra la oreja, al voluntarioso nietzscheano dispuesto a admirar la voluntad de durar y de permanecer en este mundo. Anticristo, no nos ofrece un más allá espiritual, sino la posibilidad de seguir viviendo, aunque sea de una manera precaria y en las sombras de la noche. Mezcla de ligón de discoteca y de drogadicto, que ha sustituido el caballo por la sangre, Drácula vuelve a aparecer entre nosotros. Y muchos nos sentimos identificados con un personaje que nos han querido hacer aparecer como terrible, pero que es en el fondo enormemente tierno, humano, demasiado humano. ■

